La Comédiathèque



Error de la Funeraria a tu favor

Jean-Pierre Martinez





comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Error de la funeraria a tu favor

Jean-Pierre Martinez

Adán ha organizado una pequeña recepción para rendir homenaje
a las cenizas de su abuelo, recientemente fallecido.
Pero, por un error de la funeraria,
su propio nombre figura en la esquela...

11 personajes
Adán: nieto del difunto
Eva: su esposa
Victoria: su suegra
Yolanda: su abuela
Juan (o Juana): su casero o casera
Gabriel (o Gabriela): su galerista
Antonio: un amigo
Gloria: una amiga
Carlos o Carlota: personaje de género ambiguo (hombre o mujer)
Manuel (o Manuela): empleado o empleada de la funeraria
El padre Francisco: un sacerdote

Los papeles del casero, el galerista, el empleado de la funeraria y Carlota
pueden ser interpretados indistintamente por hombres o mujeres.
Un mismo intérprete puede asumir varios de estos papeles.
Por tanto, el reparto es muy flexible. A título orientativo:
11 intérpretes: 3H/8M, 4H/7M, 5H/6M, 6H/5M, 7H/4M
10 intérpretes: 3H/7M, 4H/6M, 5H/5M, 6H/4M
9 intérpretes: 3H/6M, 4H/5M, 5H/4M

© La Comédiathèque

El salón de un loft de aire bohemio, habitado por un artista. Algunos cuadros abstractos descansan contra las paredes. Adán entra con unos vasos y los deja en una mesa preparada con aperitivos para una pequeña recepción. Entra Eva, vestida de forma bastante sobria.

Eva *(refiriéndose a su vestido)* – ¿Así voy bien?

Adán – Claro que sí.

Eva – Me preguntaba si no sería un poco...

Adán – No, es discreto. Sirve para cualquier ocasión.

Eva – Es el vestido que llevé a la boda de mi hermano.

Adán – También servirá para la incineración de mi abuelo. ¿Crees que bastará con los cacahuetes?

Eva – De todas formas, no nos llega el dinero para servir aperitivos recién salidos del horno.

Adán – Hoy será mejor evitar la palabra «horno»...

Eva – Tienes razón. Por cierto, ¿dónde vamos a ponerlo?

Adán – ¿En esa mesita? ¿Qué te parece? Podemos quitar la maceta.

Eva – Sí, ¿por qué no? *(Eva retira la maceta y la coloca en otro sitio.)* Hace un rato me he cruzado con el casero en la escalera.

Adán – Espero que no lo hayas invitado.

Eva – Le prometí que le pagaríamos el alquiler atrasado mañana por la mañana sin falta.

Adán – ¿Mañana?

Eva – Tenía que decirle algo para hacerlo esperar.

Adán – Sí, hiciste bien. Al menos tengamos paz hoy.

Eva – Mmm... Porque ha empezado a hablar de desahucio. Creo que hasta ha mencionado un par de veces la posibilidad de llevarnos a juicio...

Adán – Mañana será otro día.

Eva – A lo mejor por fin consigues vender algún cuadro...

Adán – ¿Hoy? Esto es una incineración, no la inauguración de una exposición.

Eva – Empiezo a pensar que tienes razón con lo de los cacahuetes...

Adán – Aunque, bien pensado, quizá no venga nadie.

Eva – Y encima están las restricciones de tráfico...

Adán – Ah, sí, se me había olvidado... Con un poco de suerte, todos tendrán una matrícula acabada en número par. Así tendrán una buena excusa para quedarse en casa.

Eva – Podrían haber avisado, de todos modos...

Adán – Seguro que llamarán para expresar sus condolencias.

Eva – ¡Hablo de las restricciones de tráfico! Podrían haber avisado con tiempo, para que nos organizáramos.

Adán – Bueno, tampoco podíamos elegir la fecha de la incineración...

Eva – De todas formas, es para proteger a los más vulnerables... Los niños, las personas mayores...

Adán – Vete a saber. A lo mejor fue la contaminación la que acabó con el abuelo...

Eva – ¿Qué edad tenía?

Adán – Ciento dos años.

Eva – Ah, sí, es verdad...

Adán – A esa edad, cualquier empeoramiento de la calidad del aire puede afectarte.

Eva – Claro...

Adán – En cualquier caso, espero que el coche fúnebre tenga el número correcto...

Eva – ¿El número correcto?

Adán – ¡Un número impar!

Eva – Ah, sí...

Adán – Sin mencionar la incineración.

Eva – ¿Qué?

Adán – A lo mejor también han instaurado las cremaciones en días alternos... Para repartir las emisiones contaminantes...

Eva – No deberías bromear con eso. Al fin y al cabo, era tu abuelo.

Adán – Tampoco voy a fingir que lloro. Nunca tuve una relación muy afectuosa con él en vida.

Eva – Quién sabe. Quizá ahora tengas una relación más cálida con sus cenizas.

Adán – Venga, no nos deprimamos. Tomemos algo, a ver si nos animamos antes de que lleguen los invitados.

Eva – Si es que llegan...

Adán sirve dos copas de vino tinto y le da una a Eva.

Adán – Yo creo que, pasados los cien años, los funerales deberían ser opcionales. Te arriesgas a que no vaya nadie. Mira lo que pasa aquí.

Eva – Hay que hacer el duelo de todos modos.

Adán – También podemos hacer nuestro duelo por las personas mientras están vivas.

Eva – Sí, tienes razón, es menos triste, de hecho.

Adán – Reconoce que ciento dos años es una edad razonable para decidirse a morir...

Eva – Qué pena por el que compró su casa a cambio de pagarle una renta vitalicia...

Adán – No te preocupes por él. Murió hace diez años. Y su hijo también. Era su nieto quien seguía pagándole la renta a mi abuelo.

Eva – ¡Qué resistencia! Espero que tu abuelo al menos te haya dejado eso en herencia. ¡Salud!

Brindan.

Adán – ¡Salud!

Beben un sorbo.

Eva – Un poco joven, ¿no?

Adán – Es un vino joven. Bueno, lo era...

Eva – ¿Lo era?

Adán – Un vino joven que nos sobró del año pasado. O del anterior, ya ni me acuerdo.

Eva – Ahora entiendo ese ligero sabor a vinagre.

Adán – Es que el vino joven no está hecho para guardarlo.

Beben en silencio por un momento.

Eva – Ciento dos años... ¿Te das cuenta? Más de un siglo...

Adán – El abuelo siempre supo salir airoso de todo. Sobrevivió a dos guerras mundiales y hasta consiguió una condecoración militar...

Eva – ¿Un héroe de guerra?

Adán – Más bien un resistente de última hora.

Eva – ¿Un colaboracionista?

Adán – Digamos que sabía adaptarse a las circunstancias. Admiraba al régimen, pero también sabía cambiar de bando a tiempo. Una esvástica en una solapa y una insignia de la Resistencia en la otra...

Eva – ¿Qué hacía exactamente?

Adán – Negocios... Nunca supimos exactamente de qué clase. Nunca me atreví a preguntárselo a mi padre. Y como él murió antes...

Eva – Si al menos te hubiera dejado una pequeña herencia. Habríamos podido pagar los alquileres y las facturas atrasadas...

Adán – Hasta los años ochenta administró muy bien el dinero que había ganado honradamente en el mercado negro durante la guerra. Por desgracia, antes de jubilarse se le ocurrió invertir toda su fortuna en un desastroso proyecto internacional de transportes.

Eva – Quizá esperaba que le facilitara cruzar la frontera cuando estallara la próxima guerra...

Adán – Tuve que renunciar a la herencia para no cargar con las deudas que dejó en la residencia. ¿Sabes que esos sitios cuestan más que un hotel de lujo? Te lo digo en serio: para llegar a los cien años hay que tener dinero. *(Suena el timbre.)* Serán los invitados.

Eva – ¿Tú crees?

Adán – A menos que sea el repartidor de pizzas. Hace más de una hora pedí una Cuatro Estaciones y una Margarita. A lo mejor la matrícula de su moto no tiene el número que toca...

Eva – En cualquier caso, eso no te quita el apetito...

Adán – ¿Para qué dejarnos morir de hambre?

Eva – Voy a abrir. *(Sale a abrir la puerta y sigue hablando fuera de escena.)* Sí, sí, es aquí. Pasen, por favor...

Adán – ¿Qué pasa? ¿Se ha averiado el horno de las pizzas?

Entra Manuel, un empleado de la funeraria, seguido de Eva. Va vestido para la ocasión y lleva una urna funeraria, con la expresión grave que corresponde a su oficio. La urna se parece a un jarrón chino.

Manuel – Buenos días, señor.

Adán – Ah, perdone, creía que era... Está claro que no es usted el repartidor de pizzas. Y como tampoco he pedido comida china...

Manuel – Señor Delaroca, en nombre de la funeraria, permítame transmitirle nuestro más sentido pésame.

Adán – Gracias. Se lo agradezco de veras.

Manuel – ¿Dónde debo colocar las cenizas del difunto?

Adán – Ah, sí... *(Vacilante)* Eh, no en el bufé, por favor...

Eva – Tampoco en el suelo. Alguien podría confundirla con un paragüero...

Adán *(señalando la mesita)* – Déjela ahí, por favor.

Manuel coloca la urna en la mesa con un gesto muy ceremonial antes de inclinarse ligeramente en homenaje al difunto.

Eva – Gracias...

Manuel – Seguimos a su disposición para lo que venga después.

Adán – ¡No me hable de desgracias! Espero que no haya otra muerte en la familia dentro de poco.

Eva – No pretenderá ofrecernos una tarjeta de fidelidad, ¿verdad?

Manuel – Me refería a lo que están considerando hacer con las cenizas de su abuelo...

Eva – Claro.

Adán – Todavía no lo hemos decidido, pero...

Manuel – Siempre es posible dispersarlas en un jardín conmemorativo, pero también podemos ofrecerles otras opciones.

Adán – Gracias. Lo pensaremos...

Manuel – Claro que no hay prisa. Ya no... *(Le entrega un sobre.)* Aquí tiene las esquelas que han sobrado. Las demás las hemos enviado a las direcciones que nos facilitó.

Adán – Gracias. No creo que pueda volver a utilizarlas, pero nunca se sabe.

Eva – Si fueran invitaciones de boda... Hay gente que se casa varias veces con la misma persona.

Manuel – Por desgracia, solo se muere una vez. *(Saca un documento del bolsillo de la chaqueta.)* Necesitaré una firma...

Adán – Claro.

Adán saca su pluma estilográfica y firma. Manuel recoge el documento y, sin darse cuenta, también la pluma.

Manuel – Gracias. Y una vez más, nuestras más sinceras condolencias...

Eva – Le acompaño a la puerta. *(Sale con Manuel y continúa hablando fuera de escena.)* Muchas gracias... *(Regresa y encuentra a Adán mirando la urna, desconcertado.)* Resulta extraño tener esto en medio del salón...

Adán – Sí.

Eva – Es original para una urna.

Adán – Sí, es muy original.

Eva – ¿Es japonés o chino?

Adán – No estoy seguro.

Eva – ¿Tu abuelo tenía una pasión particular por Asia?

Adán – Que yo sepa, no. Pero este modelo estaba de oferta. Seguramente no había tenido mucho éxito...

Eva – O quizás un cliente asiático que canceló en el último momento...

Permanecen un momento en silencio frente a la urna.

Adán – ¡Se ha quedado con mi pluma!

Eva – ¿Tu abuelo?

Adán – ¡El de la funeraria! ¡La pluma que me regaló tu madre por mi cumpleaños! ¿Te lo puedes creer?

Eva – ¡Pero si la odiabas! Decías que parecía un regalo de primera comunión.

Adán – ¡Aun así! Una estilográfica con el plumín chapado en oro. Como si el funeral no nos costara ya bastante. Las funerarias son un auténtico robo.

Eva – Saben que no tenemos elección, claro...

Adán – Deberíamos poder hacerlo nosotros mismos, en familia...

Eva – ¿Nosotros mismos?

Adán – ¿Cómo se las arreglaban los hombres prehistóricos?

Eva – No lo sé... ¿Invitaban a sus amigos y hacían una barbacoa?

Suena el timbre nuevamente, pero siguen mirando la urna.

Adán – Espero que todavía estén calientes... *(Eva le lanza una mirada perpleja.)* Estaba hablando de las pizzas. Esta vez debe ser el repartidor.

Eva – Bueno, ¡ve a abrir!

Adán sale.

Adán *(fuera de escena)* – Ah, gracias... No, no, ningún problema. *(Regresa.)* Ya ves, he pensado mal de él: me ha devuelto la pluma... *(Ambos vuelven a mirar la urna.)* Me está entrando hambre...

Eva – La verdad es que yo ya estoy algo borracha. ¡Cómo pega este vino!

Adán – Sí, parece que hasta le han salido burbujas.

Eva – Tendría que comer algo. Imagínate que llegan tus invitados y me encuentran completamente borracha. Esto es una cremación, no una fiesta de inauguración de la casa.

Adán – ¿Crees que hicimos bien en hacerlo incinerar?

Eva – ¿Por qué no?

Adán – No es muy católico.

Eva – Es más barato... *(Pausa.)* ¿Por qué dices que no es muy católico?

Adán – La resurrección de los cuerpos y todo eso... Con cenizas, debe funcionar mucho menos, obviamente...

Eva – ¿Tu abuelo era muy religioso?

Adán – No lo sé... En cualquier caso, el único amigo que le conocía era un cura...

Eva – Ah, sí... Tal vez tendrías que haber organizado una misa.

Adán – ¿Cuánto cuesta una misa?

Eva – ¿Crees que vendrá el cura?

Adán – No lo sé... Le envié una esquela, pero igual ya está muerto...

Eva – Si viene, puede ser un problema...

Adán – ¿Tú crees?

Eva coge una esquela.

Eva *(leyendo)* – «El funeral se celebrará en la más estricta intimidad, pero pueden venir a rendirle un último homenaje en nuestra casa y compartir una copa con nosotros...»

Adán – ¿Compartir una copa?

Eva – Tú fuiste quien escribió esa parte...

Adán – Es cierto, suena un poco como una invitación a una barbacoa.

Eva – Por ahora, no ha llegado nadie.

Adán – Llevaba veinte años en una residencia de ancianos. Todo el mundo se había olvidado de que existía. Yo también.

Eva – Seguramente todavía tenía algunos conocidos...

Adán – ¡Ciento dos años! Las personas que lo conocían probablemente murieron antes que él.

Eva – ¿No tenía otros parientes aparte de ti?

Adán – No, por eso tuve que ocuparme de sus exequias.

Eva – ¿Su esposa aún está viva? Tu abuela, ¿no podía hacerse cargo? Dijiste que era más joven que él.

Adán – No es difícil ser más joven que alguien de más de cien años... Está en una residencia cerca del mar, muy lejos de aquí. Le envié una esquela, pero no he tenido noticias. Creo que empieza a fallarle la memoria...

Eva – ¿Quién sabe? Tal vez ni siquiera recordaba que aún tenía un esposo.

Adán – Es posible...

Eva – Si no, ¿por qué iba a elegir una residencia a mil kilómetros de la de tu abuelo?

Adán – A cierta edad, uno tiene derecho a preferir vivir junto al mar antes que con su marido...

Eva – Bueno, ¿qué hacemos entonces?

Adán – Creo que vamos a comernos los cacahuetes entre los dos. ¿Te sirvo otra copa del vino joven del año pasado?

Eva – Vamos, debemos terminarlo. Creo que no sería sensato guardarlo por otro año más...

Adán – Nos emborracharemos para olvidar que algún día también acabaremos en un jarrón chino...

Brindan.

Eva – De todas formas, no vamos a quedarnos con esto aquí para siempre, ¿no?

Adán – El jarrón tal vez... Pero lo que hay dentro...

Eva – ¿Qué haremos con las cenizas?

Adán – El Jardín del Recuerdo... ¿No te parece un poco una estafa?

Eva – Seguro que cobran un suplemento...

Adán – Podríamos esparcirlas desde un puente sobre el río. Es gratis, y podría quedar hasta bonito... Siempre que no sople el viento en nuestra dirección.

Eva – ¿Eso está permitido?

Adán – Será su último acto de resistencia. Póstumo, por supuesto...

El teléfono suena. Eva contesta.

Eva – Sí, ¿hola? Oh sí, gracias... Es amable de su parte... Sí, lo sé, pero todo sucedió tan rápido... No, no hay problema, se lo aseguro... Es solo una pequeña reunión para... No haremos mucho ruido, se lo prometo...

Suena el timbre.

Adán – Voy...

Adán sale.

Eva – Bueno, a su edad, no creo que uno muera de algo en particular... Pero ¿quiere que le pase...? Muy bien... Entonces gracias por llamar...

Eva cuelga el teléfono en su lugar. Adán regresa con dos cajas de pizza.

Adán – Esta vez, sí eran las pizzas. Y al teléfono, ¿quién era?

Eva – Era el casero. Llamaba por la muerte de tu abuelo. Qué raro: parecía destrozado...

Adán – Tal vez cree que con la herencia, podremos pagar los alquileres atrasados... Entiendo que le saque una lágrima... Pero ¿cómo se enteró?

Eva – Lo añadí a la lista de destinatarios de la esquela. Pensé que así se ablandaría unos días. Parece que ha funcionado: no me ha vuelto a hablar del alquiler.

Adán – Y cuando te cruzaste con él antes, ¿te habló de la muerte de mi abuelo?

Eva – No, la esquela le habrá llegado después.

Suena el timbre nuevamente.

Adán – Creo que nunca podremos comer estas pizzas. Las dejaré en la cocina.

Eva – Voy a abrir...

Adán – Más tarde podemos recalentarlas en el horno...

Adán sale y Eva va a abrir la puerta.

Eva *(fuera de escena)* – Ah, señora López... ¿Cómo está? Yo muy bien, gracias. Pero pase un momento, por favor... Está bien... Es muy amable, pero no hacía falta... ¡No, espere, es que no...!

Eva vuelve con un crisantemo. Adán regresa.

Adán – ¿Quién era?

Eva – La vecina. No ha querido entrar. Creo que ella también empieza a perder la cabeza... Pensaba que habías muerto tú. Dice que se lo ha dicho el casero.

Adán – Ah, sí, es cierto. Debería haber ido a abrir la puerta para ver su reacción.

Eva observa la esquela.

Eva – Oye, Adán, de pronto me ha entrado una duda horrible...

Adán – ¿Eh?

Eva – ¿Has visto esto?

Adán – ¿Qué?

Ella le entrega la esquela.

Eva – Mira...

Adán echa un vistazo a la esquela.

Adán – ¿Y qué?

Eva – ¿Nada te llama la atención?

Adán *(leyendo)* – «... lamentan comunicar el fallecimiento de don...» Mierda.

Eva – ¡Don Adán Delaroca!

Adán – No puede ser...

Eva – ¿Han mezclado tu nombre con el de tu abuelo?

Adán – Es que mi abuelo y yo nos llamamos igual... Por eso había añadido «a los 102 años», para evitar confusiones.

Eva – Pues vaya manera de evitar confusiones...

Adán – ¡Pero en vez de 102 han puesto 32! ¡A los 32 años!

Eva – Ah sí, eso es mucho más ambiguo...

El teléfono suena nuevamente.

Adán – Creo que, por ahora, es mejor que respondas tú...

Eva contesta el teléfono.

Eva – Hola... Sí... No, es que... Muchas gracias... No, no pasa nada... Sí, sí, la esperamos. *(Cuelga.)* No sé si había lugar a dudas, pero todo el mundo ha entendido que el muerto eres tú.

Adán – ¿Pero por qué no le dijiste al teléfono?

Eva – ¡Era tu abuela! ¿Cómo iba a decirle por teléfono, así de golpe, que quien ha muerto es su marido?

Adán – ¿Prefieres dejarla creer que su nieto ya no está vivo?

Eva – Al parecer, ya se ha hecho a la idea...

Adán – Habrá que explicárselo de una manera u otra.

Eva – Me dijo que vendría. Tú te encargarás.

Intercambian una mirada aterrada.

Adán – Creo que realmente estamos en problemas...

Eva – Bueno, ¿qué hacemos entonces?

Adán – No sé. Al fin y al cabo, la viuda eres tú...

Eva – Podríamos comenzar llamando al tipo de la funeraria para pedirle explicaciones.

Adán – ¡Todos piensan que soy el difunto! Debemos dar explicaciones a nuestros invitados, ¿no?

Eva – Tienes razón. ¡Dios mío! Afortunadamente, nadie ha llegado todavía...

Adán – ¿Te imaginas? Invitamos a todos a una recepción después de la cremación y es el difunto quien sirve los canapés.

Eva – Encontraremos una solución. En el peor de los casos, cancelamos la recepción y enviamos una rectificación de las esquelas.

Adán – Vale, llamaré al de la funeraria.

Eva – Es cierto. Después de todo, él tiene alguna responsabilidad en esto, ¿verdad?

Adán – Bueno, podríamos empezar por negarnos a pagarle la factura, al menos eso sería un ahorro.

Eva – Si es que no teníamos dinero para pagarla... *(Adán sale. Llaman a la puerta. Eva va a abrir y continúa hablando fuera de escena.)* Ah, señora Delaroca... Sí, sí, pase, por favor... Pero antes tengo que advertirle que...

Eva regresa con Yolanda, la abuela de Adán, que lleva una maleta.

Yolanda – Llámame Yolanda, por favor. Pobrecita mía... Así que eres la viuda de Adán, ¿verdad?

Eva – Sí. Usted vino a nuestra boda, ¿recuerda?

Yolanda – No...

Eva – Quiero decir, sí, soy la esposa de Adán. Pero no la viuda...

Yolanda – Siento mucho lo de Adán. Siempre fue delicado de salud. Es el único niño que conozco que tuvo paperas dos veces seguidas.

Eva – Ah, sí...

Yolanda – Creo que no hubo enfermedad que no cogiera. De pequeño lo llamábamos «el laboratorio de microbios». Y no precisamente por sus notas en el colegio...

Eva – ¿No?

Eva presta a Yolanda una atención distraída, ya que Adán asoma la cabeza por la puerta. Ella le hace una señal para que no se muestre.

Yolanda – Y con la vida que llevaba de soltero... ¡Y también después de casarse! Bastante milagro es que no muriera de alguna enfermedad vergonzosa. Ya me entiendes...

Eva escucha repentinamente a Yolanda con más atención.

Eva – Pues... No, la verdad...

Yolanda – Vine en cuanto me enteré. Tomé el primer tren y aquí estoy. No habré llegado demasiado tarde, ¿verdad? Me refiero al funeral de tu marido...

Eva – No, no... No se preocupe...

Yolanda – Entiendo que estés devastada. Yo también adoraba a mi nieto. No debería decirte esto, pero él era mi favorito.

Eva – ¿Tenía otros?

Yolanda – No que yo recuerde.

Eva – Hay algo que debo decirle, señora Delaroca...

Yolanda – Yolanda. Llámame Yolanda, por favor. ¿Mi esposo no está aquí?

Eva – Eh... Sí, en realidad... Bueno... No exactamente...

Yolanda – Debes disculparlo, ya sabes. A su edad, no estoy segura de si estará en condiciones de moverse.

Eva – Claro...

Yolanda – Mi marido ya es centenario y, aunque apenas nos veamos, también me daría un buen disgusto enterarme de pronto de que ha muerto.

Eva – Entiendo... Mis condolencias... Quiero decir, por la muerte de Adán... O sea, de...

Yolanda – De todos modos, pasaré a saludarlo por su residencia. Aunque no sé si me reconocerá: empieza a perder la memoria. Por cierto, ¿de qué murió?

Eva – ¿Quién?

Yolanda – Creo que con todo esto, mi pobre niña, parece que estás empezando a perder la cabeza. ¡Adán, por supuesto! Mi nieto. Tu esposo. ¿Qué le pasó?

Eva – ¡Ah, sí! Bueno...

Yolanda – Disculpa, no quería ser indiscreta... Aún es muy reciente... ¿Me hablarás de eso más tarde, si prefieres? No se ahorcó, ¿verdad?

Eva – No, todavía no...

Yolanda – Tienes que saber que en nuestra familia se ha ahorcado bastante gente...

Eva – ¿En serio?

Yolanda – Sobre todo los hombres. No sé por qué, pero eso de ahorcarse no parece muy femenino... *(Adán vuelve a asomarse. Eva le indica que se acerque, pero él sigue escondido. Yolanda descubre la urna.)* ¿Así que lo incineraron?

Eva – Sí, eso era... Era lo que él quería, creo. Espero que no le moleste...

Yolanda – Al menos así, tienes la seguridad de que sus gérmenes no sobrevivirán...

Eva – Sí...

Yolanda – ¿Es chino o japonés?

Eva – Bueno, no sabemos, en realidad... Pero en cualquier caso, es asiático...

Yolanda – Ah, sí...

Eva – ¿Le apetece beber algo? Hay zumo de naranja... o vino joven.

Yolanda – No quisiera molestarte. Aún no ha llegado nadie... Perdona, puede que me haya adelantado.

Eva – Eh, no, no, llegó justo a tiempo... Es solo que... En realidad, estábamos pensando en cancelar... Bueno, quiero decir...

Yolanda – No te preocupes. A mí tampoco me gustan las ceremonias, pero hay que guardar las formas. Era tu marido, al fin y al cabo... Voy a pasar a ver al padre Francisco a su casa y luego vuelvo, ¿de acuerdo?

Eva – La acompañaré...

Yolanda – Es un viejo amigo de la familia al que conocí hace mucho tiempo. Ah, casi se me olvida... Le he pedido al padre Francisco que venga a bendecir las cenizas de mi nieto...

Eva – ¿El Padre Francisco?

Yolanda – Era un gran amigo de mi marido. Nos casó durante la guerra. Y el propio jefe del régimen fue nuestro testigo.

Eva – Ah, sí.

Yolanda se vuelve hacia la urna y se santigua.

Yolanda – Créeme, con aquel uniforme era un hombre muy apuesto... Espero que no te importe que el padre Francisco celebre una misa por el descanso de su alma...

Eva – ¿El alma del jefe del régimen?

Yolanda – ¡El alma de mi nieto!

Eva – Ah, claro. Si eso puede servir de algo...

Yolanda – Además, así podré volver a ver a ese santo hombre. A nuestras edades, ya casi no vemos a los amigos más que en los funerales...

Eva – Claro...

Yolanda – Casi acabamos deseando que se muera alguien, solo para tener ocasión de volver a ver a los que aún quedan...

Eva – Claro... *(Yolanda sale con Eva, que sigue hablando desde fuera.)* ¡Hasta luego, Yolanda!

Adán regresa. Eva también vuelve.

Adán – ¿Pero por qué no le dijiste que no estaba muerto?

Eva – ¡No me dejó hablar! Y tampoco sabía cómo decirle que era su esposo quien había fallecido.

Adán – ¡Joder!

Eva – ¿Y tú por qué no saliste de tu escondite?

Adán – ¡Tenía miedo de que le diera un ataque al corazón al verme!

Eva – Sin embargo, debemos encontrar una manera de poner fin a esta absurda situación...

Adán – Bueno, estar muerto también tiene sus ventajas... ¿Has oído? Ha dicho que soy su nieto favorito.

Eva – ¡Ella no tiene otros!

Adán – Puede ser, pero aun así... Me alegra saber que mi abuela me aprecia.

Eva – También dijo que eras un verdadero depravado... contagiado con todo tipo de enfermedades de transmisión sexual.

Adán – Sabes, ella está empezando a perder un poco la cabeza. De todos modos, eso fue antes de conocerte.

Eva – No es exactamente lo que dijo...

Alguien llama a la puerta.

Adán – Probablemente más condolencias...

Eva – Tienes razón... Mejor que te quedes escondido mientras preparo el terreno para tu resurrección.

Adán – Me siento como un zombi que su esposa tiene que esconder en el armario cuando hay invitados.

Adán sale. Eva va a abrir la puerta.

Eva *(fuera de escena)* – ¡Ah, justo le estábamos esperando! Tenemos algunas preguntas para usted... *(Vuelve con Manuel.)* ¡Drácula, puedes salir del ataúd, que es el empleado de la funeraria!

Adán regresa.

Manuel – Buenos días, señor Delaroca. Y una vez más, en nombre de la funeraria, reciba nuestro más sentido pésame. Todavía estaba por el barrio atendiendo a otro cliente, así que he preferido volver en persona.

Adán – Entonces, ¿recibió mi mensaje?

Manuel – Sí, pero la verdad es que no he entendido muy bien cuál es el problema. ¿En qué puedo ayudarle, señor Delaroca?

Adán le pone la esquela delante de las narices.

Adán – ¿Qué puede hacer por mí? ¡Mire! ¡Este es mi problema!

Manuel *(examinando la esquela)* – No veo muy bien...

Adán – ¡Soy yo, Adán Delaroca!

Manuel – ¿Adán Delaroca es usted?

Adán – ¡Según la esquela que enviaron, el difunto soy yo!

Manuel – Ya veo... *(Vuelve a mirar la esquela.)* ¿Y usted dice que no está muerto?

Adán está al borde del colapso.

Adán *(a Eva)* – Habla tú, porque si sigo yo, aquí va a haber un segundo cadáver...

Eva – ¡Pero salta a la vista que mi marido está vivo!

Manuel se gira hacia la urna.

Manuel – Pero entonces, ¿quién está en esta urna?

Eva – Es Adán Delaroca, su abuelo.

Manuel – Ah, ahora entiendo... Un pequeño problema de homonimia.

Adán – ¿Un pequeño problema? ¡Todos creen que estoy muerto!

Manuel – Ya veo... Es una pena. Tendrían que haber especificado en la esquela que era su abuelo...

Adán – ¡Pero eso es lo que hicimos! Añadí «a los 102 años»...

Eva – ¡Mire! En vez de eso, han puesto «a los 32 años»...

Manuel – Debe de ser un pequeño error tipográfico. Acabamos de contratar a una nueva secretaria.

Adán – ¿Un pequeño error tipográfico? Yo lo llamaría una gran falta profesional, ¡sí!

Eva – Entonces, ¿usted qué propone?

Manuel – La verdad... Usted me toma por sorpresa...

Adán – ¡Y nosotros qué, cree que no estamos sorprendidos! ¡Estamos esperando a un montón de personas para esta conmovedora ceremonia de despedida! Solo que hay un pequeño error en la identidad del difunto...

Eva – Esperaríamos al menos un pequeño gesto comercial...

Manuel saca su móvil.

Manuel – Un momento... Aquí tengo el correo que enviaron para preparar la esquela. Mire... *(Adán lo examina.)* ¿Lo ve? Pone «a los 32 años»...

Adán *(a Eva)* – ¿Tú te encargaste de eso, verdad?

Eva – Ahora resulta que es mi culpa, ¿no? ¿Y por qué no te ocupaste de ello tú mismo? ¿Acaso te pido que incineres a mi madre?

Adán – ¡Tu madre todavía está viva! Por desgracia...

Eva – Lo voy a matar...

Manuel se retira cautelosamente.

Manuel – Les dejaré resolver esta pequeña disputa familiar... No se preocupen, conozco el camino.

Manuel se va.

Adán – ¡Declarar la muerte de tu propio marido! Eso sí que es un lapsus revelador...

Eva – ¡Vale ya! Cualquiera puede equivocarse, ¿no?

Adán – Aun así, entre 102 y 32...

Eva – ¡Basta ya! ¡Haberlo hecho tú! Era tu abuelo, no el mío.

Adán – Tenía otras cosas que hacer, en realidad.

Eva – ¡Claro! ¡El señor trabaja! ¡El señor es un artista! Y yo solo sirvo para escribir esquelas...

Adán – Bueno, no, precisamente. Ni siquiera eso. La prueba... *(Al ver la mirada asesina que le lanza Eva, Adán lamenta de inmediato su comentario.)* Perdón, yo...

Eva, furiosa, busca algo que arrojarle. Finalmente, agarra la urna china y la sostiene como si fuera a romperla arrojándola al suelo.

Eva – ¡Mira lo que hago con tu abuelo colaboracionista!

Adán – ¡No, por favor, no eso! ¡No a mi abuelo!

Eva – ¡Mi abuelo sí estuvo en la Resistencia!

Adán – Dijiste que se unió a ella cuando la guerra estaba prácticamente terminada...

Eva – ¿Te atreves a insultar la memoria de mi abuelo ahora?

Adán – Solo digo que tu abuelo no fue precisamente de los primeros en resistir...

Eva – No sé qué me detiene de...

El timbre de la puerta de entrada detiene el gesto de Eva. Adán aprovecha para tomar la urna de las manos de Eva.

Adán – ¿Puedo recuperar a mi abuelo?

Adán vuelve a colocar la urna en la mesa.

Eva – Perdóname, no sé qué me pasó.

Adán – Estamos un poco nerviosos, es normal. *(Vuelve a sonar el timbre.)* Será mejor que vayas a abrir.

Eva – Voy... *(Adán sale mientras Eva va a abrir la puerta y continúa hablando fuera de escena)* Ah, hola mamá...

Victoria *(fuera de escena)* – ¡Pobrecita! Imagino cómo te sientes... *(Eva vuelve con su madre, Victoria.)* Vine en cuanto lo supe.

Eva – Gracias, pero no hacía falta. De hecho...

Victoria – Lo siento, no tuve tiempo de comprar flores...

Eva – Oh, sabes, no es necesario. En realidad, apenas lo conocía...

Victoria – Me alegra que te lo tomes así. Pero, aun así, tener que enterarme por una esquela de que mi yerno ha muerto... ¡Podrías haberme llamado!

Eva – Ah, pero tengo que decirte...

Victoria – Es triste, pero siempre te dije que ese hombre no te convenía.

Eva – ¿Por qué dices eso?

Victoria – Los artistas están muy bien, pero si tú no hubieras llenado la nevera con tu sueldo de esteticista...

Eva – No todo en la vida es dinero.

Victoria – Tal vez, pero eso ayuda a pagar el alquiler. Ahora que ya no está, si quieres que te adelante un poco de tu herencia...

Eva – ¿Mi herencia?

Victoria – Pues sí... Porque él, me imagino que no te dejará gran cosa. Aparte de deudas y hongos, o peor. *(Señalando las pinturas)* Ni siquiera menciono todas esas atrocidades. Nunca logró vender una sola en vida.

Eva – ¡Me dijiste que ya estabas en números rojos! ¡Que no podías prestarnos ni un céntimo!

Victoria – Sí, pero eso fue antes...

Eva – Ya veo... Así que si te pidiera un cheque en este momento...

Victoria – Soy tu madre, después de todo. Y ahora que eres viuda...

Eva – Viuda... Todavía me cuesta un poco con esa palabra.

Victoria – Ya sabes lo que dicen: «Muerto el perro, se acabó la rabia».

Eva – ¿Estás segura de que eso se dice en una ocasión como esta?

Victoria – Bueno, ahora podrás volver a casarte...

Eva – ¿Volver a casarme? ¡Pero eso es monstruoso, lo que estás diciendo!

Victoria – Perdóname. Todavía es un poco temprano, es cierto... Pero a tu edad, no debes perder mucho tiempo, ¿sabes?

Eva – Gracias... Realmente me animas mucho...

Victoria nota la urna.

Victoria – ¿Qué es esto? ¿Una de sus últimas obras?

Eva – Se podría decir eso, sí... *(Suena el timbre.)* ¿Quién será ahora?

Victoria – ¿Invitaste a gente, verdad? Es normal que vengan a rendir el último homenaje a tu marido. Cuanto antes lo hagan, antes podrás seguir adelante...

Eva se va.

Eva *(fuera de escena)* – Ah, Gabriel... Lo siento, mi marido no está aquí...

Gabriel *(fuera de escena)* – Ya lo sé, he recibido la esquela. Pero tendrías que haberme llamado...

Eva vuelve con Gabriel.

Eva – No, es que se trata de un pequeño malentendido...

Victoria – Buenas tardes, señor...

Eva – Gabriel, te presento a mi madre. Mamá, este es Gabriel, el galerista de Adán...

Victoria – Encantada...

Gabriel – Buenos días, señora. Mi más sentido pésame. Su yerno tenía un talento inmenso. Desgraciadamente, se fue antes de alcanzar el reconocimiento del público, como suele ocurrirles a los genios de vanguardia...

Victoria – Entonces, ¿realmente cree que todas estas chapuzas pueden venderse por un buen precio?

Gabriel – Lo triste es que las obras de un pintor muerto siempre se venden mejor...

Victoria – ¿Ah sí? ¿Y por qué es eso?

Gabriel – Entre otras cosas, lamentablemente, con un pintor muerto estamos seguros de que nunca pintará más cuadros.

Victoria – En el caso de mi yerno, me pregunto si eso no es mejor así... *(Ríe ruidosamente mientras los otros dos la miran consternados)* Estaba bromeando...

Eva – ¿Te apetece un zumo de naranja?

Victoria – Sí, por favor.

Eva – Se lo estaba ofreciendo a Gabriel...

Gabriel – Gracias, no quiero molestar. Les dejaré para que compartan su duelo en familia.

Victoria – Pero no nos molestas en absoluto, ¿verdad, Eva? Entonces, ¿eres comerciante de cuadros?

Gabriel – Tengo una galería de arte, en efecto.

Victoria – No, porque compré un cuadro hace mucho tiempo en un mercadillo y me preguntaba cuánto podría valer exactamente... A veces hacemos buenos negocios sin saberlo. Hablaron de una historia así en la televisión hace unos días, ¿recuerda?

Eva – Mamá, ¿podrías dejarnos un momento?

Victoria – No estaré lejos. Iré a comprar un pequeño ramo de flores para marcar la ocasión. *(Viendo que su hija la fulmina con la mirada)* Si me necesitas, solo tienes que llamarme, ¿de acuerdo?

Eva acompaña a su madre hasta la puerta. Gabriel aprovecha para echar un vistazo a las pinturas apoyadas en las paredes. Eva regresa.

Eva – Perdón...

Gabriel – No había visto sus últimas pinturas, son realmente notables. *(Al ver la urna)* Y, por lo que veo, también se había aventurado en la cerámica. ¿Es chino o japonés?

Eva – Es una urna funeraria.

Gabriel – Ah, ya veo... Lo entiendo... Entonces, somos realmente insignificantes, ¿verdad?

Eva – Toma cacahuetes...

Gabriel – Escucha, no quiero apresurarte, pero pensé que podríamos organizar una retrospectiva de su obra.

Eva – ¡Si ayer mismo le negabas hasta una pequeña exposición! Decías que todavía no estaba preparado...

Gabriel – Ahora creo que está listo...

Eva – ¿Porque está muerto?

Gabriel – Podríamos aprovechar la emoción momentánea causada por su desaparición para permitir al público redescubrir su obra. O más bien, descubrirla por primera vez, en cualquier caso...

Adán está a punto de salir de su escondite, pero al escuchar la última frase, se echa atrás.

Eva – Bueno, lo hablaré con... Quiero decir... Sí, lo pensaré...

Gabriel – De acuerdo... Pero no deberías tardar demasiado. Llámame...

Eva – No dejaré de hacerlo...

Gabriel saca un cheque de su bolsillo y se lo entrega.

Gabriel – Toma, es un adelanto en caso de que digas que sí... Solo tienes que devolverme el cheque si cambias de opinión...

Eva – Gracias...

Gabriel – No te preocupes, conozco la salida...

Gabriel se va. Adán regresa.

Adán – Sabía que a tu madre le caía bien, pero no tanto...

Eva – Lo bueno de tu muerte es que ahora está dispuesta a darme un cheque para saldar nuestras deudas.

Adán – ¡Y Gabriel ya te ha dado uno!

Eva – Es increíble. Ahora que estás muerto, todos quieren darme dinero.

Adán – Déjame ver... *(Coge el cheque.)* ¿Qué...?

Eva – Y eso que solo es un anticipo...

Adán – ¿Y si esperamos un poco antes de desmentirlo...?

Eva – ¿Estás bromeando?

Adán – ¡Mi galerista está dispuesto a organizar una retrospectiva de toda mi obra!

Eva – Sí, pero... A título póstumo, te recuerdo.

Adán – Gabriel tiene razón, un pintor muerto se vende mucho mejor que uno vivo. ¡Mi muerte es una oportunidad inesperada para darle un giro a la vida!

Eva – Espera, ¿puedes repetir eso? Creo que hay algo raro en esa oración...

Adán – ¡Esta exposición podría ser el inicio de mi carrera!

Eva – ¿Tu carrera? ¡Serás un pintor muerto!

Adán – Siempre es mejor que ser un pintor desconocido...

Eva – ¿Y después de la exposición, qué piensas hacer? ¿Desaparecer? ¿Suicidarte? ¿Resucitar?

Adán – No lo sé... Improvisaremos...

Eva – Está bien... *(Señalando la urna)* ¿Y qué haremos con él?

Adán – Ah sí, cierto, lo había olvidado...

Eva – Sí, porque tu abuelo realmente está muerto.

Adán – Al mismo tiempo, ¿a quién le importa mi abuelo, no?

Eva – Aparte de su esposa, quizás...

Adán – Bueno, tendremos que lidiar con la abuela... Pero tampoco tiene tanta prisa por ser viuda. Si se entera de la muerte de su esposo ahora o en unos días...

Eva – ¿Unos días? ¿Crees que será suficiente para organizar la retrospectiva de toda tu obra?

Adán – Digamos un mes.

Eva – Perfecto. ¿Y qué harás durante un mes? ¿Seguirás escondido en el baño?

Adán – Recuerda que, en cierto modo, esto es un poco culpa tuya.

Eva toca su teléfono móvil.

Eva – Mira. He encontrado el correo que envié a la funeraria...

Adán – ¿Y...?

Eva – Vale, me equivoqué en la edad. Pero de todas formas especifiqué que era tu abuelo...

Adán mira la pantalla del teléfono que le muestra.

Adán – Ah, sí... "Adán, su abuelo, a la edad de 32 años".

Eva – Admite que eso debería haberles dado una pista... Abuelo a los 32 años.

Adán – En lugar de eso, eliminaron "su abuelo" y dejaron "a la edad de 32 años"... ¡Vaya panda de tontos!

Eva le lanza una mirada sospechosa.

Eva – Quítame una duda... No lo hiciste a propósito, ¿verdad?

Adán – ¿Pero tú estás loca o qué?

Alguien llama a la puerta.

Eva – No esperábamos a nadie por la muerte de tu abuelo, pero parece que el anuncio de tu desaparición genera más emoción...

Adán – Esto es un buen augurio para mi exposición póstuma, ¿verdad? Me retiro al baño.

Eva – ¿Y si alguien quiere lavarse las manos?

Adán – Tienes razón... Me esconderé en el armario.

Adán abre la puerta de un armario y entra en él.

Eva – Esperemos que nadie quiera colgar aquí el abrigo... *(Eva va a abrir y sigue hablando fuera de escena.)* Ah, señor Ortega...

Juan – Llámame Juan, por favor. ¿Puedo entrar un momento?

Eva – ¡Por supuesto! Después de todo, está en su casa...

Eva regresa con Juan, quien lleva un ramo de flores.

Juan – No la molestaré mucho, solo quería decirle que...

Eva – Sí, lo sé... Lamento mucho la pequeña demora en el pago...

Juan – No hablemos de eso, por favor. Hay cosas más importantes en la vida, ¿verdad?

Eva – Eh... Sí, claro...

Juan le entrega el ramo de flores.

Juan – Tome, es para usted.

Eva sonríe ampliamente, pensando que es realmente para ella.

Eva – Gracias, es muy galante de su parte... Hace mucho tiempo que un hombre no me ha regalado flores...

Juan – Bueno, cuando digo para usted, en realidad es más para...

Eva – Claro, ¿en qué estaba pensando? Pero en realidad no era necesario. Voy a ponerlas aquí mientras tanto...

Ella pone el ramo en la urna.

Juan – En cuanto al alquiler, no se preocupe en absoluto. Bastantes preocupaciones tiene ya, ¿verdad?

Eva – Ah... Sí, claro...

Juan – Me pagará cuando pueda, con todo lo que le está pasando...

Eva – Mi situación...

Juan – Yo también perdí a mi pareja hace unos años. Créame, sé lo que es...

Eva – Lamento mucho saberlo... ¿Y cómo sucedió?

Juan – Casi nunca hablo de esto, pero usted puede entenderme... Mi pareja viajaba en un avión que cayó a un lago. Nunca encontraron los restos...

Eva – ¡Qué horror! Debe de ser difícil cerrar esa herida cuando ni siquiera han encontrado las cajas negras. Y eso que el lago no es tan grande.

Juan – Se cree que el avión cayó en la parte del lago que está al otro lado de la frontera.

Eva – Ya sabe cómo son estas cosas. Todo se oculta en cuanto hay gente influyente de por medio... ¿Cómo se llamaba su mujer?

Juan – Roberto.

Eva – Ya veo...

Juan – Pero, respecto a su esposo, ¿qué pasó? Lo vi en la escalera hace apenas una semana. Parecía estar en plena forma...

Eva – Sí... Nos tomó a todos por sorpresa...

Juan – No tiene ganas de hablar de ello ahora, lo entiendo muy bien. Pero quiero que sepa que tenía mucho respeto por su esposo.

Eva – ¿Le sirvo algo para animarse?

Juan – Estoy convencido de que ahora que ha muerto su talento recibirá, por fin, el reconocimiento que merece.

Eva – Justo eso decía su galerista hace un momento.

Juan – ¿Su galerista?

Eva – Acaba de salir de aquí. Quiere organizar una gran exposición para...

Juan – Magnífica idea. Seguro que los cuadros de su marido se venderán como rosquillas y que su cotización se disparará.

Eva – Sí, seguramente... Mi esposo también le apreciaba mucho. Estoy segura de que le habría gustado... Pero estoy pensando en una cosa, no sé si debería decírselo...

Juan – Soy su amigo, ¿verdad?

Eva – ¿Cuánto es exactamente lo que le debemos?

Juan – Por favor, ya le he dicho que... Seis mil doscientos sesenta y tres euros.

Eva – Verá... ¿Aceptaría uno de los cuadros de mi difunto marido como pago de esa deuda?

Juan – Eh... ¿Por qué no... Después de todo... Ahora que es viuda, además... Probablemente nunca vuelva a ver ese dinero...

Eva – No se arrepentirá, se lo aseguro. ¿Cuál le gusta?

Juan mira las pinturas y toma una al azar.

Juan – ¿Qué tal esta?

Eva – Veo que tiene muy buen ojo...

Juan – Para mí, esta pintura tendrá un valor sentimental.

Eva – Y estoy segura de que, además, no hace una mala inversión.

Juan – Eso espero... 6.263 euros, de todos modos, es una suma... Bueno, me voy. Pero si necesita algo... Sabe dónde encontrarme.

Eva – Se lo agradezco mucho... Gracias, de verdad. Le acompaño...

Eva acompaña a Juan mientras se lleva su cuadro. Eva regresa. Adán también.

Adán – ¡Seis mil! ¡Mi primer cliente! ¡Es increíble!

Eva – Tienes razón, es genial ser la viuda de Van Gogh. Nunca ha sido tan amable conmigo. Es increíble, creo que si le hubiera pedido dinero además de lo que ya le debemos, me lo habría prestado sin intereses.

Adán – Puede que debieras habérselo pedido... Porque lo cierto es que no pienso seguir muerto toda la vida.

Eva – Eso es cierto...

Alguien llama a la puerta.

Adán – Los negocios están en marcha... Regreso a mi tumba...

Adán vuelve al armario. Eva sale.

Eva – ¡Ah, Antonio!

Eva vuelve con Antonio, quien lleva una corona con la inscripción "A mi mejor amigo".

Antonio – Querida, en cuanto recibí la esquela, vine. ¡Pero tendrías que haberme llamado!

Eva – Yo... No quería molestarte.

Antonio – Siempre he estado ahí para ti, lo sabes. Y ahora más que nunca...

Eva – Todo esto todavía es tan...

Antonio – Lo entiendo... Me caía muy bien Adán. Sin presumir, creo que yo era su mejor amigo... Por cierto, traje esto...

Antonio le entrega la corona a Eva, quien la recoge un poco avergonzada.

Eva – Gracias, es un detalle... ¿Quieres beber algo? Tengo vino joven.

Antonio – Ah, sí, ¿por qué no? *(Eva le sirve una copa. Él bebe y hace una mueca.)* A mí también me ha afectado mucho su muerte, ¿sabes? Te lo juro, tengo el estómago revuelto...

Eva – Tal vez sea el vino joven...

Antonio – Pero debes superar esta prueba. *(La abraza y la aprieta contra él.)* ¡La vida continúa, Eva!

Eva – Sí, por supuesto. *(Adán, furioso, asoma la cabeza desde su escondite, pero le hace una señal para que no se muestre.)* Espera, tengo problemas para respirar aquí...

Antonio libera su abrazo.

Antonio – Perdón, discúlpame... *(Mira a su alrededor.)* ¿Son estas sus últimas pinturas?

Eva – Sí...

Antonio – Qué talento. Creo que habría sorprendido a todos si hubiera vivido.

Eva – Todavía podría sorprenderte, créeme...

Antonio – Pero bueno... Hay que seguir adelante.

Eva – Aún no es tiempo para eso, ¿no crees?

Antonio – Esperaré, Eva. El tiempo que sea necesario...

Eva – Perdón...

Antonio – Sabes muy bien a lo que me refiero, pero no quiero apresurarte... Entre nosotros, no debería decírtelo porque era mi amigo, pero creo que Adán no te merecía.

Eva – No sé cómo tomarlo, la verdad...

Antonio – Como un cumplido, te lo aseguro. Si te dijera todo lo que sé sobre Adán...

Eva – Ah, ¿sí?

Antonio – Pero prefiero que guardes un buen recuerdo de tu marido... cuando sus cenizas todavía están calientes. Si necesitas hablar con alguien alguna noche... o de madrugada...

Eva – Claro... Tengo tu número, Antonio... Ahora tendré que...

Antonio – Quieres quedarte sola un rato, lo comprendo...

Eva – Gracias...

Antonio – Escucha, Eva, cuando te veo así, tan...

Eva – ¿Tan?

Antonio – Tan...

Hace una pausa y de repente intenta besarla. Sorprendida, Eva se deja llevar un poco y luego se aparta suavemente.

Eva – Pero, Antonio...

Antonio – Perdona, no sé qué me pasó.

Eva – ¿No crees que estás yendo un poco rápido?

Antonio – Tienes razón... Pasaré dentro de una hora o dos, ¿de acuerdo?

Eva – Está bien.

Antonio – No te preocupes, conozco el camino...

Antonio se va. Eva, todavía perturbada, arregla su apariencia. Adán sale de su escondite, furioso.

Adán – Vaya... No pierde el tiempo, ese... Mi mejor amigo, vaya...

Eva – ¿Qué quieres?... Él piensa que soy viuda.

Adán – Y tú tampoco puedes decir que lo rechazaste enérgicamente...

Eva – Es cierto que no es desagradable sentirse de nuevo en el mercado...

Adán – Pero, vamos... ¡No digas que preferirías que realmente estuviera muerto!

Eva – ¡No, hombre! Es solo que... *(Suena el timbre.)* Será mejor que no te quedes aquí...

Adán – Tienes razón... A lo mejor es otro de tus nuevos pretendientes...

Adán regresa a su escondite. Eva abre la puerta.

Eva *(fuera de escena)* – ¡Ah, Gloria! ¡Cuánto me alegro de verte! *(Regresa con Gloria.)* No te imaginas lo que nos está pasando...

Gloria – Estoy al tanto, Eva. Tu madre me lo dijo. Pero deberías haberme enviado una tarjeta.

Eva – Ah, pero es que...

Gloria – No importa, no te preocupes. Entiendo que tienes la cabeza en otra parte. Por cierto, me crucé con Antonio en la escalera, y me contó un poco...

Eva – No, pero no es en absoluto lo que piensas...

Gloria – ¿Antonio y tú, quieres decir? Pero si yo no estoy pensando nada...

Eva – Ah sí, pero no... No hablaba de Antonio... Escucha, te voy a explicar todo...

Gloria – Déjame hablar primero... Entiendo tu dolor, por supuesto. Pero siempre pensé que Adán no era el tipo adecuado para ti...

Eva – ¿De verdad? ¿Tú tampoco? ¿Y por qué?

Gloria – No sé si debería decírtelo ahora, pero creo que puede ayudarte a superar esto...

Eva – ¿Qué?

Gloria – Adán era un mujeriego, Eva. Te engañaba con todo lo que se moviera.

Eva – ¿Adán? ¿Estás segura...?

Gloria – Estoy segura, créeme...

Eva – ¿Tuviste relaciones con Adán?

Gloria – No, nunca te haría eso. Eres mi mejor amiga. Pero si lo hubiera querido...

Eva – Entonces, ¿Adán te hizo avances?

Gloria – ¡Pero los hacía a todas las mujeres! Y cuando digo mujeres...

Eva – ¿Perdón?

Gloria – ¿Antonio no te lo ha contado?

Eva – ¿No me digas que Adán también se acostó con Antonio?

Gloria – No... Pero Antonio me contó que una noche, durante una de sus salidas de chicos, Adán estaba tan borracho que pasó la noche con un travesti. No se dio cuenta hasta la mañana siguiente.

Eva – ¿En serio?

Gloria – Escucha, eso ya no importa. Además, ¿qué quieres? Los hombres son así. Bueno, no todos, por suerte.

Eva – Estoy destrozada...

Gloria – Es normal que estés destrozada... Pero, como dice tu madre, «muerto el perro, se acabó la rabia». Así que, si quieres consolarte con Antonio, yo no me lo pensaría dos veces.

Eva lanza una mirada asesina hacia el armario.

Eva – Lo pensaré... Gracias por el consejo...

Gloria – De nada, ¿para qué sirve tener una mejor amiga si no? Bueno, debo irme, pero volveré un poco más tarde, ¿de acuerdo?

Eva – Pero por supuesto... En donde esté Adán, de todos modos no puede escapar así como así... *(Gloria se va y Adán reaparece, con una mirada culpable.)* ¡Te voy a matar, así ni siquiera tendré que enviar una esquela, ya está hecho!

Adán – ¡Te juro que está mintiendo! ¡Todos están mintiendo!

Eva – ¿Por qué mancharían así la memoria de un muerto si no fuera cierto?

Adán – ¡Por hacer daño! Y porque el muerto no está para defenderse. ¡Por eso!

Eva – ¡Ya, claro! Tu abuela tiene razón, ¡eres un degenerado! ¿Así que también te acuestas con personas travestidas?

Adán – Ahora se dice «persona transgénero». Me dijo que se llamaba Carlota. A la mañana siguiente, como me entraron dudas, miré en su bolso... Y resulta que en el permiso para conducir camiones ponía Carlos.

Eva – ¡Así que lo admites!

Adán – ¡Te digo que no sabía que era un hombre!

Eva – ¡Me da igual que fuera un hombre, una mujer o cualquier otra cosa! ¡Lo importante es que me engañaste!

Adán – ¡Eh, no eres tú quien tiene derecho a decir nada cuando ya estás dejando que mi mejor amigo te toquetee mientras mis cenizas aún están calientes!

Están a punto de pelear. Un cura en sotana entra en medio de esta escena de discusión.

Cura – La puerta estaba abierta. He llamado, pero como nadie contestaba... Me he permitido entrar...

Eva – Pero ¿quién es usted? ¿Un exorcista? *(Señalando a Adán.)* ¿Ha venido a sacar el demonio de este obseso sexual?

Cura – Soy el Padre Francisco. Fue su abuela quien... *(Haciendo la señal de la cruz)* ¡Pero creía que estaba muerto! Venía a rezar por la salvación de su alma...

Adán – Verá, es que... *(A Eva)* ¡Di algo, por favor!

Eva – Sí... Mi marido ha muerto. Pero este señor es... su hermano gemelo. Armando...

Cura – Vaya... Ignoraba que Adán tenía un hermano gemelo.

Eva – Acaba de enterarse. Quiero decir... Yo tampoco sabía que tenía un cuñado. Llegó de otra ciudad y nos llevamos una sorpresa...

Cura – Ah, en efecto, el parecido es asombroso. Al mismo tiempo, la última vez que vi a su hermano fue en su bautizo... Hola, señor.

Se estrechan la mano.

Adán – Por favor, padre, llámeme Alberto.

Cura – Creía que se llamaba Armando.

Adán – Armando, claro... Perdone, estoy tan afectado... En cuanto me enteré de lo de mi hermano, vine corriendo. Y pensar que nunca podré conocerlo más que... *(Mira la urna.)* convertido en un montón de cenizas.

Cura – Entonces, lo hicieron incinerar...

Eva – Sí, lo sé, no es muy católico, pero no lo sabía. Y esos idiotas de la funeraria no nos dijeron nada al respecto cuando hicimos el pedido.

Cura – ¿Entonces tenía usted un hermano gemelo y no lo sabía?

Adán – Acababa de enterarme. ¡Encuentro a mi hermano y el destino me lo arrebata enseguida! ¡Esto es una auténtica tragedia griega! ¿Por qué pecado quieren castigarme los dioses? ¿Usted lo sabe, padre?

Cura – Lo siento, hijo mío, pero en lo que respecta a Dios, yo solo conozco a uno...

Eva – Claro... Armando, ya sabe que el padre Francisco es monoteísta.

Cura – Pero ¿cómo es posible que no supiera usted que tenía un hermano gemelo?

Adán – Una historia muy complicada de semen congelado, tráfico de embriones y fecundación in vitro. Sería largo de explicar. Pero la verdad acaba saliendo a la luz, ¿no es cierto, padre? Como dicen en latín: «In vitro veritas»...

Cura – Eh, sí...

Adán mira hacia las pinturas.

Adán – De todos modos, era un artista inmenso...

El sacerdote echa un vistazo a los cuadros.

Cura – No sé mucho de pintura, pero...

Adán – Claro. Su pintura no era muy convencional, pero en el fondo respetaba profundamente la religión. Como yo.

Cura – Dios reconocerá a los suyos.

Adán – Por cierto, hay algo místico en su pintura, ¿no le parece?

El sacerdote no parece convencido.

Cura – Bueno, pero... *(Al ver la urna)* Entonces, aquí están las cenizas de...

Eva – Sí.

El sacerdote bendice las cenizas con una señal de la cruz.

Cura – En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

Adán – Amén.

Cura – Haré celebrar una misa en mi parroquia el domingo por el descanso de su alma.

Adán – Ah, sí, una misa. Es una buena idea. ¿Qué opinas, Eva?

Eva – Sí, si eso es lo que quieres... Quiero decir, sí, una misa. Con todo lo que mi esposo tenía de qué arrepentirse, después de todo, no puede hacerle daño. ¿Verdad, Armando?

Adán – Entonces, ¿era amigo de mi abuela? Es curioso, nunca me habló de usted...

Cura – Para ser sincero, ella tampoco me había dicho que tenía un segundo nieto... Entonces, si entiendo bien, usted conocía a su abuela, pero no a su hermano gemelo. Confieso que estoy un poco confundido...

Adán – Sí, yo también...

Eva cree conveniente intervenir para cambiar de tema.

Eva – Y usted, Padre, ¿cómo conoció a Yolanda? Quiero decir, la abuela de mi esposo.

Cura – Yo fui su confesor cuando era adolescente. Le hice su primera comunión. Y fui yo quien la casó.

Adán – Entonces, usted también conocía a mi abuelo.

Eva – Pues sí, ya que el señor cura dice que los casó...

Adán – Claro...

Cura – Bueno, será mejor que los deje. Tengo que visitar a unos feligreses...

Adán – Venga, padre, quédese a tomar una copa de vino con nosotros.

Cura – No pensé que este tipo de bacanales estuviera de moda en momentos como estos...

Eva – Créame, el vino joven siempre está de temporada. Yo lo bebo todo el año. *(Eva se bebe su copa de un trago. Parece bastante borracha.)* ¡Qué bien sienta!

El sacerdote los mira a ambos con una mirada preocupada como si fueran demonios.

Adán – ¡Vamos! ¡Déjese tentar, Padre! Estas visitas a sus feligreses pueden esperar un poco, ¿no?

Cura – Me temo que no, hijo mío, se trata de la extremaunción.

Eva – Ah... En ese caso, Padre, le otorgo mi perdón.

Adán – Vaya en paz del Señor.

El sacerdote retrocede cautelosamente.

Cura – Volveré en un rato para saludar a Yolanda.

Adán – Ah, sí. Yolanda... Abuelita... Seguro que se sorprenderá de vernos a los tres juntos.

Cura – No se molesten... Cerraré la puerta al salir...

El sacerdote se va.

Adán – Un santo hombre.

Eva – Sí. A mí también me gustaría que dijeran una misa por mí en vida.

Adán – Debe ser muy conmovedor asistir a tu propio funeral...

Eva – Viendo a todas esas personas llorar por tus cenizas... Gente que te odiaba cuando estabas vivo...

Adán – Tal vez podría arreglármelas para asistir a la misa incógnito, escondiéndome detrás de una columna de la iglesia con gafas de sol.

Eva – Con música sería todavía más emocionante, ¿no? ¿Qué te parece Mozart?

Adán – Me haría muy feliz escuchar una última vez el Réquiem. ¿Sabes lo que dijo Mozart sobre esa obra?

Eva – No...

Adán – "Temo que compongo este réquiem para mí mismo". Unos meses después, estaba muerto. Al menos yo podré oírlo mientras esté vivo...

Momento de reflexión.

Eva – ¿Te das cuenta de que estamos organizando tu propio funeral en este momento?

Adán – Sí, y la verdad es que empiezo a asustarme...

Ambos hacen un esfuerzo por recuperar la compostura.

Eva – Bueno, eso es suficiente, tenemos que poner fin a esta farsa de inmediato, o realmente nos volveremos locos.

Adán – Creo que lo que pasa es que estamos un poco borrachos. Pero tienes razón. Voy a llamarlos uno por uno.

Eva – ¿Te das cuenta de que tendremos que devolver el cheque a tu galerista, renunciar al que mi madre quería darme y encontrar otra forma de pagar nuestros alquileres atrasados?

Adán – ¿Qué podemos hacer? Todas las cosas buenas llegan a su fin. Incluso la muerte...

Eva – Nunca pensé que te oiría decir eso algún día.

Adán sale. Suena el timbre. Eva va a abrir. Llegan Antonio, Gloria y Carlota. Esta última trae un ramo de flores. Carlota puede ser interpretada por una mujer o por un hombre vestido de mujer; en cualquier caso, su género debe resultar ambiguo.

Antonio – Hola, Eva... Somos nosotros otra vez...

Gloria – ¡No íbamos a dejarte sola en un día como hoy!

Antonio – Eva, te presento a Carlota.

Eva – ¿Carlota?

Antonio – Era... una amiga de Adán. Quería despedirse de él personalmente.

Carlota – Buenos días, señora. Antonio me ha dado la noticia y... *(Le entrega el ramo.)* Tome. Eran sus flores favoritas...

Eva – ¿De verdad?

Carlota – Lo conocí en la escuela de Bellas Artes. Era muy delicado. Siempre traía un ramo de flores a las sesiones de dibujo del natural.

Eva – ¡Vaya! No sabía que mi marido también pintaba flores...

Carlota – En realidad, pintaba desnudos...

Eva – Ah, ahora lo entiendo mejor.

Carlota – Yo posaba para él cuando estudiaba, para ganarme un dinerillo. Así conocí a su marido. Tenía muchísimo talento.

Eva – ¿Posaba usted desnuda para él y no se dio cuenta de nada? Dicen que el amor es ciego, pero un pintor debería tener buena vista...

Carlota – Eh... Sí...

Eva – A menos que estemos otra vez ante una confusión de nombres... Disculpe la pregunta, Carlota, pero... ¿Tiene permiso de conducir camiones?

Los demás se quedan desconcertados. Por suerte, la llegada de Victoria desvía la atención.

Victoria – Buenos días a todos. Para quienes no me conozcan, soy la suegra de nuestro querido difunto...

Carlota tiende la mano a Victoria.

Carlota – Mucho gusto, señora. Carlota...

Carlota estrecha la mano de Victoria, que hace una mueca.

Victoria – ¡Menudo apretón de manos!

Carlota – Mi más sentido pésame...

Eva – Carlos posaba desnudo para Adán.

Victoria recorre a Carlota con la mirada, de arriba abajo.

Victoria *(con una sonrisa de complicidad)* – Ya veo... ¡Qué cosas!

Gloria – Es una gran pérdida para todos nosotros.

Antonio – Era mi mejor amigo.

Victoria *(entregando un cheque a Eva)* – Toma, te he hecho un cheque... Por si sirve para aliviar un poco tu dolor de viuda...

Eva – Gracias, pero...

Victoria – En cualquier caso, debería ser suficiente para pagar los gastos de la cremación.

Antonio – Venga, tomémonos una copa. Seguro que Adán no habría querido vernos tristes en su funeral.

Antonio se sirve vino sin ofrecer a los demás. Los otros acaban sirviéndose también.

Gloria – Es cierto. Le encantaba la vida, ¿verdad?

Eva – Sí, por supuesto, pero...

Carlota – Allí donde esté, seguro que nos está mirando y que no le gustaría vernos llorar.

Adán asoma la cabeza, pero al ver a Carlota vuelve a esconderse. Antonio levanta su copa.

Antonio – ¡Por la vida que continúa! Sin él...

Brindan.

Gloria – Sé que no es fácil para ti hablar de esto, pero ¿cómo murió?

Eva – No sé muy bien cómo decirles esto, pero...

Gloria – Treinta y dos años... Era muy joven para morir...

Carlota – ¿Tenía treinta y dos años?

Victoria – ¿Ya estaba un poco deprimido, verdad?

Gloria – ¿Quieres decir que...? ¿No me digas que... se suicidó?

Eva – Es un poco más complicado que eso...

Antonio – No debería decir esto, pero de alguna manera no me sorprende...

Eva – ¿Ah sí? ¿Y por qué?

Antonio – No podemos decir que su vida fuera un gran éxito, ¿verdad?

Eva – Ah, entiendo...

Gloria – No lo tomes así... Solo estamos diciendo que era más bien... un artista maldito.

Victoria – Bueno, especialmente maldito, porque artista, la verdad...

Carlota – Van Gogh también se suicidó, Eva, y fue un gran artista.

Gloria – Desgraciadamente... no basta con suicidarse para convertirse en un genio de la pintura.

Antonio – No le falta razón, por desgracia...

Gloria – Desde luego...

Eva está indignada.

Eva – ¿Entonces así ven a mi esposo? ¿Un fracasado? ¿Hasta el punto de que su vida no valía la pena vivirla?

Gloria – ¡Para nada!

Antonio – No dijimos eso.

Victoria – Reconoce que su suicidio es lo único que logró en su vida.

Eva respira profundamente antes de continuar.

Eva – Está bien... Pero voy a decepcionarlos a todos. Tengo algo que decirles...

Gloria – Sí... ¿qué pasa?

Eva – Adán no está muerto. Está escondido en ese armario. Va a salir ahora, pero quería avisaros para que no os llevarais un susto demasiado grande.

Espera una reacción que no llega.

Gloria – Claro, Adán está con nosotros en nuestros corazones. Y siempre lo estará, ¿verdad?

Antonio – Es obvio.

Eva – No, quiero decir... Él está realmente en ese armario. Vivo.

Los demás intercambian miradas incómodas.

Victoria – ¡Vamos, Eva! Adán no está en ese armario, está en esa urna china, muerto.

Todos miran hacia la urna. Adán aprovecha para salir de su armario y se dirige a la habitación.

Antonio – Creo que es mejor no llevarle la contraria.

Victoria – Absolutamente...

Gloria le ofrece una copa.

Gloria – Toma, bebe algo, te hará bien. *(Más bajo)* Me pregunto si hice bien en decirle que su esposo la engañaba con camioneros transgénero...

Carlota – Es solo un mal momento, Eva. Con un golpe así, es comprensible.

Gloria – Necesitarás un poco de tiempo para superarlo, pero verás, al final lo olvidarás.

Eva – Muy bien, lo han conseguido. *(Eva abre el armario sin mirar adentro)*. Entonces...

Los demás miran el armario vacío. Eva se vuelve hacia él y tampoco encuentra allí a su marido.

Eva – Vamos, Adán, no hagas el tonto, sal de ahí.

Eva examina el armario y queda desconcertada.

Eva – No entiendo... ¡Adán! ¿Dónde demonios estás?

Situación incómoda en general.

Gloria – Bueno, Eva, tu esposo ha fallecido...

Alguien llama a la puerta.

Victoria – Iré a abrir...

Victoria sale.

Cura – Buenos días, hija mía. ¿Todavía no ha llegado Yolanda?

Victoria vuelve con el cura.

Victoria – Ah, señor cura, usted podrá ayudarnos. Creo que mi hija todavía no puede aceptar que es viuda...

Eva – Padre, ¿lo vio, verdad? ¿El gemelo de Adán?

Victoria *(en voz baja, al sacerdote)* – Me pregunto si su difunto marido no la habrá embrujado. ¿No podría hacer usted algo, padre? Ya sabe, con un crucifijo y agua bendita, como en las películas de terror...

El cura está un poco abrumado por la situación.

Eva – ¡Alberto, su gemelo! Bueno, no es su gemelo. ¡Es él... es Adán!

Cura – Su gemelo... ¡Ah, sí, claro! Alberto...

Eva – Sí, bueno, Alberto, si lo prefiere. ¡Pues Alberto no existe!

Todos miran a Eva con tristeza.

Eva – ¡Pero si les digo que es su abuelo el que murió!

Antonio – ¿El abuelo de Armando?

Carlota – Pero ¿quién es Alberto?

Eva – ¡Escúchenme, esto es ridículo! ¡Él no está muy lejos! ¡Adán! ¡Adán!

Nadie viene. Eva sale.

Carlota – Pobrecita...

Gloria – La pobre...

Antonio – Creo que deberíamos dejarla descansar un poco.

Gloria – Se la confiamos, padre.

Cura – Haré lo mejor que pueda, pero les advierto que no hago milagros...

Antonio, Gloria y Carlota se marchan.

Victoria – ¡Eva!

Victoria sale. El teléfono del cura suena con una música religiosa (órgano o canto gregoriano).

Cura – ¿Hola? ¡Ah, Yolanda! Sí, sí, estoy aquí. ¿Te has perdido? Pero, ¿dónde estás? Muy bien, no te muevas. Voy a buscarte.

El cura sale. Adán aparece. Eva regresa también.

Eva – ¿Por qué no has venido cuando te llamaba?

Adán – No quería darles un susto apareciendo de golpe desde un armario...

Eva – ¿Entonces prefieres hacerme pasar por loca?

Adán – ¡Es como para que a cualquiera le dé un infarto! Hasta Jesucristo esperó tres días antes de salir del sepulcro. Y aun así, primero se encargó de que corriera la noticia de su resurrección, para no traumatizar a nadie...

Eva – Ya, claro... ¿Y esto no tendrá algo que ver con esa Carlota... o mejor dicho, con ese Carlos?

Adán – Te aseguro que es mejor ir poco a poco...

Eva – Quédate ahí. Mi madre va a volver, y tendrás la oportunidad de practicar la suavidad con ella. Iré a buscarla.

Eva sale.

Adán – Quizás sea una oportunidad para deshacerme de mi madrastra, creo que tiene el corazón frágil.

Adán se acuesta en el suelo y se cubre con un paño (que puede ser el mantel de la mesa). Manuel regresa.

Manuel – ¿Hay alguien aquí? *(Ve a Adán.)* ¿El señor Delaroca? Así que al final sí que ha muerto...

Victoria regresa y ve a Adán.

Victoria *(sorprendida)* – ¿Pero qué hace aquí? Pensé que su esposa había optado por la cremación.

Manuel – Por lo visto, ha cambiado de idea...

Victoria – ¿Cómo se puede cambiar de opinión después de la cremación?

Manuel – La buena noticia es que la esquela ya nos sirve tal como está... En fin, volveré más tarde... Señora, mis respetos... Y mis condolencias, naturalmente...

Manuel se va.

Victoria – ¡Eva!

Eva regresa. Adán permanece tumbado en el suelo.

Eva – ¡Así que puedes ver que está vivo!

Victoria – Mira por ti misma...

Eva – ¡No puede ser!

Victoria – ¿No lo hiciste incinerar? Entonces, ¿quién está en esta urna?

Eva – ¡Oh no, Adán!

Adán se levanta como el Conde Drácula.

Adán – ¡Oooooh!

Victoria – ¡Santo cielo!

Victoria se desmaya y, al caer, arrastra la urna, que se estrella contra el suelo.

Eva – ¡Mamá! *(Aterrada.)* ¿Crees que se ha muerto?

Adán – Me temo que no...

Eva – ¡Eres un monstruo!

Adán – Se lo buscó, ¿no crees?

Eva – Recoge al menos a tu abuelo. Mientras yo recojo a mi madre...

Adán – Para el abuelo, creo que más vale que vaya a buscar la aspiradora...

Victoria recupera un poco la conciencia y ve a Adán.

Victoria – ¿Entonces es cierto que no estás muerto?

Adán – Lo siento por decepcionarle, querida suegra.

Eva – No te preocupes, solo ha sido un error de la funeraria. *(A Adán.)* ¡Trae un paño húmedo! ¿No ves que no se encuentra bien?

Victoria – ¡Oh, Dios mío!

Victoria se desmaya de nuevo. Adán sale. La abuela regresa con el cura.

Yolanda – Quería pasar a ver a mi esposo en la residencia de ancianos, pero la recepcionista me dijo que lamentablemente se fue hace unos días. No sé dónde podría haber ido...

Eva – ¿No le informaron?

Yolanda – No... Parecían un poco incómodos... Me pregunto si él no tiene una amante...

Cura – A su edad...

Yolanda – Es obvio que no conoces a los hombres... Bueno, quiero decir... En cualquier caso, gracias por venir a apoyarnos en esta prueba, Padre. Es un gran consuelo para nosotros.

Eva – Sí, ¿verdad?

Yolanda – Desafortunadamente, este pobre Adán nos ha dejado para siempre.

Eva – Para siempre... ¿Quién sabe...?

Cura – Perdón...

Eva – Siempre existe la posibilidad de un milagro... Después de todo, Jesucristo resucitó tres días después de su muerte.

Cura – Sí, pero a él no lo habían incinerado.

Yolanda – Pobre niña... No creo que haya asumido la situación...

Se escucha un ruido cerca. Victoria recupera el conocimiento.

Eva – ¿Les sirvo una bebida reconfortante? Creo que pronto la necesitarán...

Cura – Gracias, pero solo bebo vino de misa.

Victoria – Sí, yo tomaría algo...

Eva sirve una copa a su madre.

Eva – Tome cacahuetes, Padre.

El cura toma un puñado de cacahuetes y comienza a comer.

Cura – ¡Mi querida Yolanda! *(A Yolanda.)* ¡Pensar que yo te sentaba sobre mis rodillas! No has cambiado nada.

Yolanda – Halagador...

Cura – Pero cuéntame, no me dijiste que tenías dos nietos.

Yolanda – Dos nietos...

Cura – Sí, los gemelos.

Yolanda – ¿Gemelos? *(En voz baja a Eva)* Creo que este pobre cura está empezando a perder un poco la cabeza... ¿Te importa si uso tu baño para arreglarme?

Eva – Pero por supuesto...

Yolanda sale. Llega Juan, el casero.

Juan – He oído caer algo pesado y me he preocupado... ¿Está bien, Eva?

Eva – Algo pesado... Eh... Sí, no se preocupe. Solo ha sido mi madre...

Victoria – Muy amable...

Adán vuelve con una toallita en cada mano, haciéndose pasar por un fantasma.

Adán – Ouuuuh...

Adán se queda paralizado al ver a Juan. El cura se santigua.

Cura – ¡Jesús, María y José!

Juan – ¿Señor Delaroca? Entonces, ¿no está muerto?

Adán – Bueno, es decir que... No del todo...

Cura – Sabía que Adán no tenía un hermano gemelo...

Juan – ¿Pero qué significa esto?

Adán – Es solo un pequeño malentendido... Aunque les aseguro que no me siento muy bien en este momento...

Juan – ¡Esto es monstruoso! ¿Fingir su propia muerte solo para que le diera más tiempo para pagar el alquiler?

Eva – No es en absoluto lo que cree, se lo aseguro...

Juan – ¡Ya está bien! Y en cuanto a ese cuadro que me han encasquetado, ¡pueden quedárselo! Mañana iniciaré el desahucio.

Se va.

Victoria – ¿Entonces quién ha muerto?

Eva – Nadie.

Adán – Bueno, sí, pero...

Eva – No es un miembro de la familia...

Adán – Bueno, sí... Pero de todos modos...

Eva – No vamos a poder salir de esta.

Gabriel llega.

Gabriel – Entonces, Eva, ¿has pensado en mi propuesta? He preparado un proyecto de invitación para la inauguración y...

Ve a Adán.

Gabriel – ¡Adán! ¿No estás muerto?

Adán – Sí... Bueno, quiero decir, lo estaba, pero...

Gabriel – No me digas que organizaste esta farsa de la cremación solo para que aceptara organizar la retrospectiva de tu obra.

Adán – Es un poco más complicado que eso, te lo aseguro...

Gabriel – Eres un verdadero psicópata...

Adán – Pero la exposición la hacemos de todos modos, ¿no?

Gabriel – No quiero volver a verte en mi galería, ¿está claro?

Adán – Pero dijiste antes que era un genio desconocido...

Gabriel – Lo dije porque pensaba que estabas muerto.

Gabriel se marcha. Antonio vuelve acompañado de Carlota.

Antonio – Carlota se había olvidado el bolso, y lleva dentro el carné de conducir... *(Ve a Adán.)* ¿Adán? ¿No estás muerto?

Adán – Eh, no, lo siento.

Antonio – Me has decepcionado, Adán. Muchísimo. ¿Cómo has podido gastarnos a todos esta broma macabra? ¡Sobre todo a mí, que era tu mejor amigo!

Adán – ¡Mejor amigo mío! ¡Ni hablar! ¡No he estado muerto ni cinco minutos y ya está tratando de acostarse con mi mujer!

Antonio – En cualquier caso, sé reconocer a una mujer cuando la veo...

Adán – ¡Maldito!

Adán se abalanza sobre Antonio. Carlota se interpone. El sacerdote se santigua.

Carlota *(de pronto, fuera de sí)* – ¡Suéltalo de una vez!

Carlota agarra a Antonio con fuerza y lo lanza por los aires, ante el asombro de todos.

Carlota *(recuperando la calma)* – No soporto la violencia...

Eva – Sí, salta a la vista...

Antonio – Prefiero irme, pues... Pero ten en cuenta que ya no soy tu mejor amigo. De hecho, ya no soy tu amigo en absoluto.

Carlota – ¡Y que conste que una puede seguir siendo femenina aunque tenga permiso para conducir camiones!

Antonio y Carlota salen. Adán parece completamente abatido.

Adán – Tengo la desagradable sensación de que todos me odian por no estar muerto...

Eva – Todo se arreglará, ya verás...

Adán – ¡Qué va! Estamos a punto de divorciarnos, nos hemos peleado con la poca familia que nos queda, hemos perdido a todos nuestros amigos, ya no tengo galerista y mañana nos desahucian...

Cura – ¡Y si estuviera en mi poder, los excomulgaría en el acto! ¡Es una vergüenza!

Yolanda regresa del baño, pero no ve a Adán de inmediato.

Yolanda – Vaya, qué cara que tienen.

Eva *(en voz baja, a Adán)* – Aún queda decirle a tu abuela que se ha quedado viuda...

Yolanda ve a Adán.

Yolanda – Buenos días, señor... *(Reconoce a Adán)* ¡Oh, Dios mío! Entonces, ¿era cierto, padre? ¿Adán tiene un hermano gemelo?

Adán – Eh... No, abuela... No exactamente...

Yolanda – Pero entonces, ¿eso significa que...? ¿Adán? ¡Estás vivo!

Eva – Sí... ¿Verdad? Qué cosa tan curiosa...

Cura – Diría más, es un verdadero milagro...

Yolanda – ¡Mi nieto, resucitado después de ser incinerado! ¿Es usted el responsable de este milagro, padre?

Cura – Por desgracia, no, Yolanda. Si tuviera ese poder, ya me habrían canonizado hace tiempo... Aun así, tendrá que decirme por quién debo rezar una misa el domingo.

Eva – Es solo un malentendido...

Cura – Entretanto, ¿me permiten lavarme las manos? Yo no hago milagros, pero las extremasunciones a veces también son extremadamente sucias...

Eva – Por supuesto, padre, aquí está el baño...

Cura – A menos que sean los cacahuetes...

El sacerdote se va. Yolanda mira la urna.

Yolanda – Pero entonces, ¿quién está en el jarrón chino?

Adán – Alguien a quien no conoces.

Eva – Bueno, más o menos.

Manuel vuelve y se dirige a Eva.

Manuel – Ah, señora Delaroca. Quería saber qué han decidido hacer con las cenizas de su marido... *(Ve a Adán.)* ¿Señor Delaroca? ¡Pero yo creía que había muerto!

Adán – ¡Le digo que es mi abuelo, el difunto!

Yolanda – ¿Tu abuelo?

Eva – Sí, Yolanda. Su marido.

Yolanda – Ah, entiendo...

Eva – Lo sentimos muchísimo. No sabíamos cómo decírselo...

Manuel – Entonces, al final, aquí está la viuda... Querida señora, en nombre de la funeraria, le presento nuestras más sinceras condolencias.

Adán – Bueno, nos puede dejar, por favor...

Manuel – Me voy... Y en cuanto a la factura...

Adán le lanza una mirada asesina.

Manuel – Lo veremos más tarde, tiene razón...

Manuel se marcha. Yolanda no parece muy afectada. Extiende el vaso.

Yolanda – Bueno, yo tomaría un poco de vino tinto.

Eva la sirve.

Adán – Parece que no te afecta mucho, abuela, saber que eres viuda...

Eva – ¡Y pensar que hemos hecho todo esto para no darle un disgusto!

Yolanda – Todos deben partir en algún momento... Y además, él era muy viejo, ¿no?

Eva – Ciento dos años.

Yolanda – Escucha, Adán. Puedo decirte esto ahora que está muerto...

Adán – ¿Qué más?

Yolanda – Tu abuelo... no era realmente tu abuelo.

Adán encaja la revelación.

Adán – ¿Cómo que no era mi abuelo?

Yolanda – Digamos que... tu padre no era el hijo biológico de tu abuelo.

Adán – Entonces, mi abuelo no era realmente mi abuelo.

Yolanda – Eso es justamente lo que intento explicarte.

Adán – Pues mira, casi me alivia no tener un abuelo colaboracionista...

Eva – Entonces, si entiendo bien, el padre de Adán es el resultado de una relación extramatrimonial.

Yolanda – Tu verdadero abuelo es un hombre al que conocí... en el sentido bíblico, unos meses antes de casarme por la Iglesia.

Eva – Y supongo que eso apresuró un poco la ceremonia...

Adán – Veo... Entonces, con el tipo en la urna china, fue más un matrimonio de conveniencia que un matrimonio por amor.

Eva – Y por eso, después de tantos años, no compartieron la misma residencia de ancianos.

Adán – Pero, ¿quién es mi abuelo entonces?

Yolanda – Es... Es difícil de decir...

Adán – No me digas que fue un oficial de las SS y que te casaste con el abuelo para que no te raparan la cabeza después de la guerra...

Yolanda – Pero no, qué tonterías estás diciendo...

Adán – ¿O que soy el nieto secreto del mismísimo jefe del régimen? Dijiste que fue testigo de vuestra boda...

Yolanda – De hecho, tu abuelo todavía está vivo.

Eva – Ves, Adán, al final, es una buena noticia... Pierdes a un abuelo muerto, pero recuperas a otro que está muy vivo.

Adán – ¿Entonces podré conocerlo?

Yolanda – De hecho, ya lo has conocido.

Adán – ¿Ah, sí?

Yolanda – Pero tu abuelo no sabe que tiene un nieto.

Eva – Esto parece un culebrón de los malos...

Adán – Ah, entiendo... Pero podré verlo de todos modos...

Yolanda – Tan pronto como regrese del baño.

Adán se queda de piedra.

Eva – Ahora entiendo mejor por qué dijo que lo había conocido «en el sentido bíblico»...

Yolanda – Dado su estado, entenderás que es mejor que siga sin saber que tiene un nieto.

El cura regresa del baño.

Cura – No sé si es el momento de decirlo, pero tienen ustedes una pequeña fuga bajo la pila bautismal del cuarto de baño...

Adán – ¿La pila bautismal?

Cura – ¿He dicho la pila bautismal? Perdón, quería decir el lavabo, claro.

Adán – Una fuga... No, no, es el momento ideal para decírnoslo, padre...

Eva *(aparte, a Adán)* – No podrás llamarlo abuelo, pero siempre podrás llamarlo padre...

Cura – Bueno, creo que será mejor que nos vayamos, hijos míos. Ya hemos tenido suficientes emociones por hoy...

Adán – Así es. Adiós, Padre...

Cura – ¿Vienes, Yolanda?

Yolanda – Te sigo, Padre...

Cura *(a Adán)* – Rezaré por usted. Parece que lo necesita...

Yolanda – Bueno, me ha encantado volver a verte con motivo de tu incineración, Adán.

Yolanda y el sacerdote se marchan.

Adán – Creía ser nieto de un colaboracionista y resulta que soy nieto de un cura fanático... No sé si he salido ganando.

Permanecen abatidos durante un momento.

Eva – Por lo menos ahora podremos comernos tranquilamente las pizzas. Voy a recalentarlas en el horno...

El teléfono móvil de Eva suena.

Adán – Ves, hablaste demasiado pronto...

Eva mira la pantalla de su teléfono.

Eva – Es un mensaje de la funeraria...

Adán – Temo lo peor.

Eva – Pues no. Aunque te parezca increíble, es una buena noticia.

Adán – ¿Una buena noticia de la funeraria? No se me ocurre cuál podría ser.

Eva *(leyendo)* – «Error de la funeraria a tu favor»...

Adán – Parece una carta de Suerte del Monopoly.

Eva – Han revisado nuestro expediente y reconocen parte de su error. Están dispuestos a hacer un gesto comercial.

Adán – ¿Ah, sí? ¿Y qué proponen? Si al menos pudiera ayudarnos a pagar parte de los alquileres atrasados y evitar el desalojo...

Eva – Nos regalan el jarrón chino.

Adán – Como mencionaste antes... Siempre podemos usarlo como paragüero...

Eva – Solo falta decidir qué hacemos con ese abuelo tuyo que colaboró con el régimen.

Adán – Después de todo, no era mi abuelo de verdad. Solo el marido de mi abuela.

Eva – Y encima, un marido engañado.

Adán – Además de colaboracionista...

Los dos contemplan perplejos la urna china.

Eva – Bueno, voy a buscar la aspiradora...

Adán – Yo vaciaré la bolsa.

Eva – Siempre viene bien sacar toda la porquería que uno lleva dentro...

Oscuro. Se oye una aspiradora.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Noviembre 2023

ISBN 978-2-38602-060-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.